

Tomás Eloy Martínez, autor de la siguiente información, es un periodista argentino que abandonó su país debido a una amenaza de muerte que le lanzó la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A).

las versiones de Tony. Esa fue la primera vez que oí el nombre de José López Rega.

EN el verano de 1966 José López Rega era apenas una cara anónima en el des poblado jardín que rodeaba a Juan Domingo Perón.

DOS años más tarde los corresponsales en Madrid habían reconstruido su biografía completa, con tanta precisión en los detalles que aún es para mí un misterio la forma como esos datos fueron alterados y traicionados por cierta prensa habitualmente minuciosa de Francia y Estados Unidos. De acuerdo con aquella versión original, es falso que López Rega haya frecuentado a Perón o a Isabel Perón en el exilio de Caracas y de Panamá; es falso también que haya sido el principal agente de custodia de Perón o de Evita, como se deduce de su condición.

Los corresponsales de la prensa extranjera, para quienes los movimientos del líder argentino seguían siendo una consigna cotidiana de trabajo, no asociaban todavía su nombre al feligrés de las cien-

"Yo a veces voy y le digo a la gente que el sol es verde. Y primero me repitió muchas veces: es verde, verde, verde. Me convenzo tanto que puedo convencer a los demás. Así, el único que queda sabiendo que el sol no es verde soy yo". —López Rega

López Rega: historia de un brujo postergado

Por TOMAS ELOY MARTINEZ

cias ocultas que vivía en Madrid desde un año atrás, buscando la aprobación del general para su doctrina vagamente espiritualista.

Sólo Tony Navarro, de la Associated Press, disponía de algunas informaciones precisas: sabía que Perón empleaba a un tal "don José" para ciertas diligencias domésticas, y que éste sobrevivía editando una revista de tiraje limitado, sostenida con los avisos de algunos compasivos militantes peronistas.

Navarro creía recordar que los escritos de don José interpretaban el destino del hombre como un diálogo entre el poder de los perfumes y el poder de los colores, y que proponía, a quienes quisieran alcanzar la comprensión cabal del universo, someterse al magisterio simultáneo de Antulio, Abel, Elías, Moisés Krishna, Buda, Jesús y Mahoma.

En el Club de Corresponsales nadie tomaba en serio los relatos de Tony Navarro, creyendo que eran otro desplante de su imaginación fogosa.

Un mediodía, a fines de junio, Tony llegó al Club con un volumen de 800 páginas y leyó en voz alta algunos fragmentos al azar. Los delirios de aquel libro, cuyo título era "Astrología cósmica", superaban

de simple soldado raso en la policía federal.

En la biografía de los corresponsales madrileños, López Rega aparecía en cambio como circunstancial integrante del equipo de vigilancia presidencial. Hacia 1950, y luego como suboficial disciplinado y ambicioso, a quien la lentitud de sus ascensos en el escalafón policial indujo a pedir su retiro en 1962.

Su militancia peronista parece arrancar de aquel año, cuando se vinculó con algunos miembros de la Logia Anael, e instaló una pequeña imprenta cerca del puente ferroviario de la calle Salguero, en una de las vías de acceso a la costanera norte de Buenos Aires.

López Rega solía acudir en calidad de oyente devoto a las reuniones de la logia, dirigidas por el juez César Urién. Uno de sus contertulios, Rubén Sosa, refirió en el diario EXCELSIOR de México que López Rega fue el impresor de los dos primeros folletos de Anael: "La Razón del Tercer Mundo" y "El Tercer Mundo en Acción". Según parece, es de su cosecha personal el capítulo que describe a la humanidad del futuro como un triángulo dominado por tres continentes: Asia, Africa y América,

a la vez que defiende el valor cabalístico de las tres iniciales (AAA) en toda estructura de poder.

Según la versión de los corresponsales, López Rega había corrido el riesgo de editar en su imprenta algunos panfletos del peronismo clandestino, ganándose así la confianza del mayor Bernardo Alberte, uno de los delegados de Perón en 1965, cuando el general envió a su esposa para apoyar la candidatura de Ernesto Corvalán Nanciaras como gobernador de Mendoza.

López Rega, el cabo primero retirado de la policía, pidió a Alberte que le permitiera servir como custodio de Isabel. Se conjetura que fue entonces cuando la convenció de su desinterés patriótico y obtuvo el consentimiento para colaborar con ella como secretario o asistente, en el exilio en Madrid.

Los métodos de que se valió para que su influencia creciera no constaban en aquella biografía de los corresponsales.

ANOS más tarde se deslizarían decenas de hipótesis, entre las cuales hay algunas verosímiles.

a) Perón carecía de amanuenses de confianza, y tuvo que ir delegando en el laborioso López Rega la clasificación, archivo y

de los cada vez más numerosos documentos que debía manejar. Así, el secretario, que al principio se ocupaba sólo de vigilar las compras domésticas en el supermercado, acabó por convertirse en un auxiliar imprescindible, en una especie de memoria portátil para un líder abrumado de trabajos y de fatigas.

b) Perón necesitaba de un filtro que contuviese a las visitas y mantuviera alejados a los aliados indeseables. Como todo jefe político, no podía exponerse al desgaste de un altercado con alguien que podría resultarle útil al día siguiente.

Al actuar como compuerta, López Rega descubrió que podía usar esas funciones en su propio beneficio. En julio de 1971 sus atribuciones se habían extendido tanto que prácticamente todos los mensajes, llamadas telefónicas y peticiones de audiencia destinados a Juan Perón eran pasados por su tamiz personal.

Para sustraer ciertas cartas a su voraz curiosidad, algunos peronistas recurrían al ardor de confiarlas a visitantes que se las entregaban al general en el momento en que se despedían de él; pero aún entonces era rara la ocasión en que López Rega no se apoderaba del sobre, con el pretexto de que "el general tiene demasiadas cosas que atender y no conviene abusar de su salud".

La tercera de las hipótesis sobre la influencia de López Rega se la oí a él mismo, en junio de 1972, cuando mantuvimos un diálogo fugaz junto a la entrada de la quinta "17 de Octubre". Por entonces, el cabo primero retirado había adoptado la costumbre de tutear a todos los visitantes, aun a los más encumbrados, y de inmiscuirse hasta en las conversaciones reservadas de Perón con los jefes políticos o sindicales. A menudo oí preguntar en voz baja por qué el general mostraba tanta tolerancia con este doméstico audaz, quien ni siquiera disfrutaba de los beneficios de la inteligencia.

Una de las respuestas posibles puede hallarse, acaso, en las frases que López Rega me dijo aquel día de junio: "Yo soy el pararrayos que detiene todos los males enviados contra la salud del general".

En las antiguas religiones animistas la vida de un hombre solía estar ligada a la de un árbol o un animal, a la caída de una piedra o al paso de un cometa.

No es extravagante, pues, que un devoto de Antulio y de Krishna se imaginara a sí mismo como una vestal de la salud ajena, y que haya logrado conven-

cer a terceros sobre el valor sagrado de su misión.

Las presunciones de los corresponsales de Madrid iban más lejos en 1972. Uno de ellos — cuyo nombre no diré — estaba dispuesto a probar que López Rega había elaborado un plan minucioso para convertir a la Argentina en un campo de cultivo mágico, encaramándose — en la primera fase — sobre el vasto peso político y el carisma de Perón, para conseguir luego que el poder le fuera transferido.

Su objetivo último iba más lejos, sin embargo: creyéndose iluminado a la vez por Buda, Jesús y Mahoma (como es fácil deducir de los prólogos de sus libros esotéricos), López Rega aspiraba a fundar una religión para el Tercer Mundo, de la que él sería a la vez pontífice y profeta.

No soy el único (ni mucho menos) ante quien se definió en Madrid como un hacedor de milagros, capaz de resucitar a los muertos y leer los pensamientos ajenos. Tampoco soy el único que empezó a tomarlo en serio cuando ya era demasiado tarde y disponía de una cuota de poder que podía serle arrebatada sólo entre ruinas y desgarramientos.

Nunca podrá saberse cuán cerca estuvo de conseguir lo que quería. En su extraño plan de dominación universal (que parece, dicho así, una extravagancia copiada de Julio Verne y que, sin embargo, ahora está costando duelo y pobreza a 25 millones de argentinos), el punto débil de José López Rega fue su codicia de bienes materiales.

Si no hubiese adolecido de esa flaqueza, si hubiera empleado para enriquecerse la misma paciencia y cautela con que acabó ganándose la confianza de Perón y de su esposa, su influjo y su poder seguirían indemnes. Pero corrió a demasiada velocidad y se quedó en seguida sin aliento.

CUANDO lo conocí, en marzo de 1970, los corresponsales extranjeros estaban reuniendo información sobre una empresa embotelladora de agua que López Rega parecía haber montado en la ciudad de Uruguayana, Brasil, junto a la frontera argentina. En la oblea que adornaba las botellas, se prometía a los bebedores una larga juventud y un paulatino enriquecimiento intelectual.

Lo grave, según la versión, era que López Rega había impuesto al agua el nombre de Perón y sugería en la oblea que el propio general recomendaba sus virtudes. Pregunté a López Rega sobre la veracidad de aquella historia. Debo decir que la negó y que atribuyó su invención, literal-

mente, al odio que le profesaban "algunos brujos enemigos".

La impresión que me causó cuando lo vi por primera vez fue de todos modos inferior al personaje delirante y cachafaz que habían prometido las fábulas madrileñas. En vez del Rasputín megalómano y entrometido que anunciaban sus detractores, descubrí más bien a una especie de sosegado almacenero de suburbio, macizo como un toro, que carecía de escrúpulos en la relación social y de todo sentimiento del ridículo.

Solía trabajar todas las mañanas en una modesta oficina de la Gran Vía, organizando indefinidos comercios de importación y exportación.

En el primero de los dos cuartos de su empresa, dentro de un armario cerrado, descansaban los volúmenes de sus obras completas: cuatro libros terminados y los manuscritos de otros seis en trance de elaboración.

Lo oí decir a menudo que, aparte de servir al general, lo único que le proporcionaba felicidad era el acto de escribir, y tengo la certeza de que en este último punto era sincero.

Cierta mañana, en septiembre de 1970, me leyó un pequeño texto en el que aludía al sonido fundamental del globo terráneo. Ponia cierta fruición en la lectura y advertí que estaba orgulloso de su trabajo, como todo literato aficionado. Creía que los seres humanos estaban manejados por ciertas claves musicales que decidían su destino.

Así, imaginó, que a Perón le correspondía el acorde musical "la, si, mi 2, la, del mismo modo que su destino obedecía a los perfumes zodiacales de la rosa y el clavel salmón, a cinco partes de color celeste y cinco partes de gris, a las alteraciones de la vejiga, los uréteres, el sistema vasomotor y la piel. Estas conjeturas fueron publicadas sin rubor en la "Astrología Esotérica" y nunca me atreví a preguntarle a Perón qué pensaba de ellas.

Por las tardes, López Rega trabajaba invariablemente en los archivos y la correspondencia del general. Algunos de sus adversarios asegurarían, años más tarde, que aprovechó el conocimiento de esos textos para amedrentar a ciertos peronistas que habían dejado en ellos rastros de deslealtad o de torpeza.

Lo cierto es que el dominio de esa enorme masa informativa, sumada a su infalible memoria de policía bien adiestrada, fue una de las llaves de su poder político.

En la primavera madrileña de 1971, el trabajo se volvió tan abrumador que López Rega pidió a Perón consentimiento para abandonar la oficina de la

Gran Vía y establecer su domicilio en la quinta "17 de Octubre". Desde por lo menos dos años atrás venía participando en todas las conversaciones del general, pero a veces era posible eludir su vigilancia.

A partir de su mudanza, ya nada le pasó por alto, y en las raras ocasiones en que viajó a Alemania Occidental por razones de negocios, nunca bien explicados, se hizo suplantar por la única persona en quien confiaba: su yerno Raúl Lastiri.

Conservo entre mis apuntes de corresponsal la transcripción de algunos diálogos grabados con José López Rega. Uno de ellos es una larga reflexión mística que dice, en su fragmento menos confuso:

"Usted, si quiere ser un conductor, puede ponerse a leer el libro del general sobre conducción y adquirir los conocimientos necesarios, pero sólo con esos conocimientos no llega a ninguna parte. Hay que iluminarse, fundirse con la personalidad del general. Porque si no lo hace, a lo mejor se planta frente a la gente y resulta un timorato. Para predicar, hay que convencerse primero de que lo que se predica es la verdad. Si un sacerdote tiene que predicar que Cristo es el Hijo de Dios y no está convencido, no podrá llegar nunca al corazón de las personas, por galanas e hipócritas que sean sus palabras.

"Pero si el sacerdote es un analfabeto y viene a usted y lo acaricia porque usted tiene un dolor, usted sentirá a Dios en ese hombre. Yo a veces voy y le digo a la gente que el Sol es verde. Y primero me repito muchas veces: es verde, verde, verde. Me convengo tanto que puedo convencer a los demás. Así, el único que queda sabiendo que el Sol no es verde soy yo".

★

EN otra ocasión, a fines de 1970, Perón me invitó a que le hablara sin reservas, a que le formulara todas las preguntas que había retenido dentro de mí y que por respeto o prudencia no me hubiera atrevido a expo-



ner en voz alta. López Rega estaba delante, pero en aquellos tiempos los periodistas y los políticos que visitaban a Perón solían pasarlo por alto, como si fuera uno de esos vidrios opacos que incomodan la visión del interlocutor en los refectorios de los conventos.

Recuerdo que tomé impulso y le pregunté de qué manera se conciliaban una doctrina humanista y cristiana como la que Perón predicaba con las presuntas torturas policíacas que habían sobresaltado sus dos gobiernos. Insinué en la pregunta, creo, que

El secretario, que al principio de ocupaba sólo de vigilar las compras domésticas en el supermercado, acabó por convertirse en un auxiliar imprescindible.

esa clase de excesos se habían multiplicado en algunos de los regímenes que lo sucedieron, y dije que daba por descontada su condena.

Nunca pude oír la respuesta de Perón. López Rega me salió al paso y me proporcionó esta explicación, que he vuelto a oír en el cassette donde está grabada, para no dudar de su veracidad: "¿Cómo quiere que esa clase de cosas le lleguen al estadista? —dijo con voz atiplada y siempre desenvuelta—. Supóngase que el jardinero rompe una manguera aquí en la quinta. Me entero yo, porque me lo cuenta la chica de la limpieza. Pero yo no le puedo llevar esa problema al general. Entonces, piense que cuando en la propia casa ocurre un desastre pequeño, el dueño no se entera. Demasiado grande es la Argentina para ocuparse de las cosas pequeñas".

Argumenté que quien veía pequeñez en la tortura podría acabar perdiendo todo respeto al ser humano y sirviéndose de él como de un objeto deleznable.

El cabo primero retirado me ofreció esta réplica: "Si uno an-

da mirando esas cosas, nunca va a tener tiempo para trabajar. En nuestro país la gente está enferma de pequeñas historias. Por eso nunca hace las grandes".

Aquellos diálogos de 1970 abundan en referencias de López Rega a un espíritu supremo, cuyos fundamentos teológicos nunca pude desentrañar, o están interrumpidos por digresiones sobre la predestinación, la transmigración de las almas y la fuerza de sus propios poderes mediúnicos.



Siempre confió en la eficacia de su magia, y aún ahora hay que convenir que no le faltaban razones, porque son raros en la historia los casos de un personaje casi iletrado, sin talento aparente para la política y con una ideología a lo que por lo menos hay que calificar de extravagante, que fue capaz de llegar tan lejos en un país donde los escépticos son mayoría.

Lo que derrotó a López Rega es acaso, aparte de su codicia, el exceso de fe en sus poderes individuales.

Antes de regresar a la Argentina, Perón había predicado que el país estaba en ruinas, y que sólo una política de reconciliación y unidad nacional podría salvarlo.

A la inversa, López Rega recayó en el aislamiento de poder y en la necesidad de que el país se pusiera al servicio de sus convicciones. Fue el propio general Perón quien, en cierto modo, lo derrocó de manera póstuma, porque las fuerzas armadas, los partidos políticos y los sindicatos, los empresarios y, sobre todo, el pueblo desesperado se unieron y conciliaron para decirle basta.

Pero sólo cuando se haga el nuevo inventario de las ruinas, podrá saberse si esa voz de lo alto no se pronunció demasiado tarde.

(c) 1975 por "La Opinión"